

Rosa contiene Azul.

Cuentos para niños.
Croniquilla.
Poesías.—Historietas.
Pasatiempos.
Primer concurso.
Colaboración infantil.
Cuentos
y leyendas regionales.
Correspondencia.
Efemérides.—Crítica.



A NUESTROS CORRESPONSALES.—Ya están á la venta las TARJETAS POSTALES que hemos publicado para que los niños puedan contestar á los Concursos, Pasatiempos, Crítica, etc., etc. Los pedidos al Administrador, Jardines, 13, Madrid.

LOTERÍA GEOGRÁFICA

Hace algunos meses que se puso á la venta el instructivo juego que lleva este nombre, imaginado por el catedrático del Instituto de Barcelona, D. Tomás Escriche, que á su tiempo solicitó la oportuna patente.

Su objeto es fijar en la mente de los niños los más generales conocimientos de geografía descriptiva, proporcionándoles á la vez un pasatiempo divertido.

Es una modificación muy feliz del conocido juego de lotería casera, tan extendido entre las familias y que proporciona largos ratos de solaz durante las interminables veladas de invierno. Este juego ofrece dos inconvenientes: la monotonía que resulta de la interminable repetición de números y más números, y la esterilidad de un pasatiempo que invierte muchas horas y nada enseña. La lotería geográfica del Sr. Escriche es más *divertida* y además *instruye* recreando.

En ella se han sustituido los cartones llenos de números por mapas encartonados clarísimos, en colores, como los de un hermoso atlas elemental. Una numerosísima colección de fichas de madera contiene *todos* los nombres geográficos (poblaciones, islas, cabos, etc.) que hay en los mapas de que se compone el juego, y acompaña también un surtido de piecitas de hierro suficientes con exceso para cubrir con ellas todos los lugares señalados con rótulos en dichos mapas.

Cada jugador elige un cartón-mapa, y el que dirige el juego, después de haber metido las fichas en una bolsa, que también hay en la caja, va sacando aquéllas sucesivamente y leyendo en voz alta el nombre escrito sobre cada una de ellas. Los jugadores, según van saliendo los nombres contenidos en sus respectivos mapas, los cubren con una piecita, para lo cual han de recorrer con la vista rápidamente cada uno el suyo, lo que les obliga á fijarse en las posiciones que ocupan los puntos designados, puntos que á las pocas noches de jugar encuentran en el acto y sin titubear. He ahí la parte instructiva, la geográfica, que no carece de amenidad. En cuanto á la recreativa propiamente tal, la de lotería, que da al pasatiempo el carácter de juego, se reduce á asignar pequeñas cantidades, como ganancias, á los primeros que han apuntado cierto número de nombres. Al efecto, cada niño puede hacer cuatro montoncitos de á diez con las cuarenta piecitas ó tantos de que se habrá provisto, pues cada mapa contiene *precisamente* cuarenta nombres que apuntar. Supongamos que, al empezar el juego, cada uno ha pagado 5 céntimos por su cartón, como éstos son ocho, habrá para premios 40 céntimos, que se podrán distribuir del siguiente modo: 5 para el primero que apunte *diez* cosas; otros 5 para el que llene *veinte*; 10 para el que llegue antes á *treinta*, y, en fin, 20 céntimos para el que haga primero lleno, cubriendo los *cuarenta* nombres de su mapa. Si se quiere que los premios se repartan más y salgan con más frecuencia, podrán asignarse 2 céntimos á los primeros apuntado *cinco*, *diez*, *quince*, *veinticinco*, *treinta* y *treinta y cinco*; 8 céntimos al primero que llegue á *veinte*, y 20 céntimos al que haga lleno, es decir, *cuarenta*. Se comprende la posibilidad de variar las condiciones del juego, y es obvio también que un mismo jugador pueda tomar dos ó más cartones, si le place.

Como es fácil hacerse cargo, este juego resulta sumamente útil, no sólo para los niños, sino también para los mayores, á los que hace recordar las posiciones relativas de ciertos puntos geográficos que con el tiempo se olvidan más ó menos.

Puntos de venta en Madrid: Librerías de A. Pérez, Bolsa, 9; Hernando, Arenal, 11, y en el Bazar X, y en Barcelona se puede pedir directamente al autor: Sr. D. Tomás Escriche, Cortes, 696.

Director propietario:
DIONISIO CALVO

Redacción y Administración:
JARDINES, 13, PRAL.



LA VACA

ENCONTRÁNDOME hace algunos años débil de cuerpo y fatigado de espíritu, hube de abandonar la corte, buscando reposo y fuerzas en un pueblecillo de la Montaña. No tardé en lograr alivio. Era primavera. Las amapolas matizaban los trigales; el río espejeaba entre la ondulante hierba del soto; pintaban mil florecillas la ladera del monte, esparciendo por el ambiente tonificadores aromas; y el sol, que derretía la nieve en las cumbres, inundaba los campos de gozo.

El pueblo, sin embargo, estaba triste. Seis mozos iban á partir para incorporarse en las filas, y corría uno de aquellos años en que los puertos se encontraban llenos de carne humana, que abarrotaba los trasatlánticos para morir después esterilmente en las colonias.

Eran seis mozos fornidos, vigorizados por el duro trabajo campestre, que, inconscientes, reían y por las noches rondaban á sus novias.

Y al mirarlos sentía yo el corazón lleno

de odio hacia los que les arrancaban de la aldea, donde tenían trazado el camino de su vida, quieta, monótona y feliz.



Por contraste, en la casa de mi patrón todo respiraba contento. No tenía hijo que marchara á la guerra; la hierba que iba á segarse estaba alta y lozana; la cosecha se presentaba bien y, para colmo de felicidad, la *Roja* había parido un ternero.

Seis días se dejó á la vaca en el establo con el fin de que se fortaleciese la cría, y entonces les echaron á la boyada. Yo les vi marchar.

La madre era hermosa: pequeña de estatura, ancha de pecho y de lomos, fuerte de caderas, gruesa de grupa, recias y musculosas las piernas. Como estaba bien comida y descansada, tenía el pelo suave, espeso y muy lustroso, color de azafrán tostado. Con el rabo feísimo, manchado de estiércol, se espantaba las moscas, y volvía sin cesar la cabeza, mirando con sus ojos mansos el ternerillo que se retrasaba y corría después, destartado

y gracioso, levantando mucho la grupa, hasta unirse á la madre. Detrás marchaba mi patrón, animándoles con voz alegre, esgrimiendo la garrota para que no se des-carriasen y para alejar á los chicos que tiraban del rabo al inofensivo ternero.



Quedaron en el monte. Pero á los pocos días llegó el hijo del boyero con un recado para el amo de la *Roja*. Y éste, al oírle, se fué en seguida, preso el espíritu de honda preocupación.

Tornó sombrío, inquieto. Nada dijo hasta la comida, en que nos dió la mala nueva. La *Roja*, corneándose con otra res, había rodado por una pendiente, rompiéndose una pata.

Luego de comer partió á la boyada con el albéitar. Éste examinó al animal y diagnosticó que no tenía cura. Lo mejor era matarle; pero á fin de salvar la cría, demoraron el sacrificio hasta que pudiera, sin peligro, apartársela de la madre.

Para evitar males mayores, trajeron á las dos al soto. La marcha fué muy penosa. Cojeaba horriblemente el pobre animal. El ternero se le metía por entre las patas para hocicarla en las ubres, y le arrancaba dolorosos mugidos. Más de cuatro horas emplearon en andar una legua.

Quedaron en el prado. Y cuando iba de pesca ó á los molinos, veía á la vaca coja, casi siempre echada, levantándose con mil esfuerzos para comer y dar de mamar al hijo, que corría á su alrededor. La pobre madre enflaquecía visiblemente. Su amo la miraba, y con voz rabiosa decía:

—¡Qué lástima de animal! ¡La mejor res del pueblo! ¡Pobre *Roja*! ¡La mejor del pueblo!

Al mes determinaron separar á la cría, que no adelantaba. La leche de la madre no debía ser buena. Apenas podía ya menearse, y sobre la pata rota se le había formado un espantoso tumor.

Ataron una cuerda al cuello del ternerillo y á empujones trajéronle á casa, metiéndole en el establo.

Le pusieron en una gamella, para que comiese, leche cocida y migada y un poco de heno fino. Pero no quiso probarlo y toda la noche estuvo quejándose como un niño, llamando á su madre. Al principio me dió lástima; mas como no me dejaba dormir, acabé haciendo votos por el exterminio de toda la raza bovina.

Me levanté muy temprano, abrí la puerta, y á la indecisa claridad del alba vi unos

ojos grandes que me miraban tristemente y un hocico seco y febril me rozó las manos. Era la vaca que, echada sobre el cancel, obstruía la salida.

Sentí una inmensa ternura por el animal y le acaricié el testuz. Pero ella miraba al establo, donde el ternero, oliendo á su madre, gemía lastimosamente. Le di suelta, y el bichejo corrió hacia la vaca; hocicóla con egoísmo en el vientre y presto se agarró á la ubre trémula y blanquecina. Ella le lamía en tanto.

Fué imposible hacerla volver al soto. La hostigaron con piedras, con palos... Todo inútil. Se echaba á la puerta, obstinada en no levantarse. Entonces pusieron en el camino al ternero y la madre le siguió. A cada paso parecía caerse. Estaba muy delgada y tenía áspero, claro y sin lustre el pelo; hasta el color parecía cambiado. Parábase la gente á mirarla pasar, rezando frases de desconsuelo por aquella riqueza perdida.

Las llevaron á una cerrada. La tapia tenía más de un metro de altura y la puerta de madera era sólida; dejáronlas allí y por la noche sacaron al ternero; pero para que no nos impidiese dormir, le metieron en el corral.

Al día siguiente encontraron la madre junto á él. Había tenido que saltar dos tapias. Cogíala el tumor casi toda la pierna y olía muy mal. La cría andaba con indiferencia á su alrededor, porque las ubres colgaban lacias y sin leche.

Irritóse el amo y quiso echarla. Pero como la fuera á coger, la vaca le corneó, rasgándole la chaqueta. Entonces los chicos la torearón con sus blusas y el animal corría detrás de ellos, balanceándose como un columpio, tirándoles cornadas, sin consentir que se acercasen á la cría.

Fué preciso matarla allí mismo. Se llamó al carnicero; vino éste con una gran cuchilla y empezó la operación. Era tan inhábil, que despedazó el cuello de la vaca, sujeta entre todos, sin conseguir descordarla. Y ésta, herida, sangrando, seguía aún con su mirada triste y cariñosa al hijo, que se paseaba indiferente por el corral, buscando algo que comer.

Aquella tarde partieron los seis mozos que iban á incorporarse en las filas. Carretera adelante marcharon, con el hatillo al hombro, cantando alegres é inconscientes. Y los padres, llenos los ojos de lágrimas, les miraban perderse en la lejanía.





SIEMPRE la explotación de nuestros queridos niños!

Parece que á medida que los Gobiernos se afanan por hacer leyes protectoras de la infancia, los que viven á costa de las tiernas criaturitas que unas veces bailan por esas calles de Dios, sin cesar un momento en todo el día, agujoneados por su explotador; otras van luciendo sus desnudeces, defectos físicos y miserias morales y materiales, y algunas vendiendo periódicos hasta altas horas de la noche; parece, decíamos, que ponen su empeño en burlar esas leyes, y las burlan, á ciencia y paciencia de quienes no, debían tener ni un átomo de compasión con ellos.

No hace muchas noches, á la salida del teatro, tropezamos con un muchacho, hermoso como los angelotes de Murillo. Con su vocecita, enronquecida por el continuo gritar, nos ofrecía el *Heraldo*.

—Ande usted, señorito; me falta aún una perrita.

—¿Y cuántas tienes ya?—le preguntamos.

—Cuatro. Tengo que llevar cinco.

—¿A quién?

—Al tío *Linaza*.

—¿Quién es el tío *Linaza*?

—¡Tomal... el tío *Linaza*!

—Quiero decir si es tu padre, tu tío...

—No, señorito. Es un hombre que tiene en su casa varios chicos como yo. Nos da cinco del *Heraldo*, del *Diario* ó de la *Corres*, y tenemos que venderlos. Y por la mañana, en cuanto amanece, á vender *Imparcial* y *Liberal*.

—¿Y si no vendéis los cinco periódicos?

—Los vendemos siempre; porque como el tío *Linaza* gasta malas pulgas, no parecemos por la tasca hasta llevar los cinco perros chicos.

—Y mientras vosotros os desgañitáis, ¿qué hace el tío *Linaza*?

—Soplando aguardiente.

Seguimos preguntando al pequeño, y él contándonos horrores. Varias personas quisieron meter al niño en un colegio; pero el tío *Linaza* le asustaba con las ratas, los castigos y mil patrañas más, á fin de hacerle desistir y evitar que dejase de llevarle los cinco perros chicos.

Aquello era inhumano, cruel, odioso, como son otros mil medios de que se valen los seres perversos para lucrarse con esas infelices criaturitas que no tienen más amparo que el de Dios y el de las almas buenas.

Poco á poco los iremos descubriendo, á ver si algún día los que pueden tomar cartas en el asunto sientan las costuras á esos explotadores sin entrañas.

BEBÉ.

EL MEJOR OFICIO

—Allá voy, papá—gritó;
 cruzó el pasillo de un salto,
 dió un empujón á la puerta
 y llegó como un relámpago
 á la presencia del padre
 el turbulento muchacho.
 —Espacio y no seas loco—
 dijo severo el anciano—,
 siéntate y escucha un poco
 si puedes, quieto y callado—.
 El chico arrastró una silla
 y enfrente de don Ignacio
 se sentó, dando un meneo
 á la mesa de despacho.
 —Vamos á ver, Manolito;
 pronto tendrás quince años,
 y quiero darte carrera
 á tu gusto. Yo no mando
 ni impongo. ¿Qué vas á ser?,
 porque es preciso ser algo—.
 El chico no dijo nada,
 pero contestó al preámbulo
 con un toque de corneta
 puesta en la boca la mano.
 —¿Qué profesión te conviene?
 ¿Deseas ser abogado?
 —Nunca. Aborrezco los pleitos.
 Me cargan los escribanos.
 Hay que defender ladrones.
 ¡Yo no defiendo malvados!
 ¡El que la haga que la pague!
 —Entonces, juez.
 —Ni pensarlo.
 Son los jueces unos tipos
 muy serios, muy estirados,
 y yo tengo un genio alegre,
 ¡muy alegre!
 —¿Boticario?
 —¿Yo preso en casa? Pudrirme
 en mi casa machacando
 en el mortero. ¡Naci
 para el arroyo!
 —¿Empleado?
 — ¡Yo sentado en la oficina!
 Yo no puedo estar sentado.
 De lagartijas me han hecho.

¡Yo quieto!—Y para probarlo
 de un brinco se levantó,
 y poniéndose á caballo
 en la silla, clavó espuelas
 y se lanzó á trote largo.
 El padre se sonrió
 y continuó preguntando:
 —¿Ingeniero?

—¿Matemáticas!

¡Qué horror! Yo detesto el cálculo,
 el seno y la cotangente,
 los círculos y los ángulos.

—¿Arquitecto?

—Ídem de ídem

de ídem.

—Pues diplomático.

—¡Ay! no, papá, porque todo
 yo lo resuelvo á porrazos.

—Pues pintor.

—Se mueren de hambre.

Se venden muy mal los cuadros.

—Músico.

—No tengo oído.

—Pues entonces, catedrático.

—Eso sí que no. Pelear

con chicos es antipático.

—Pero ¿qué deseas ser?—

dijo el padre ya cargado—.

Decídetete, di qué quieres,

¡porque es preciso ser algo!

¿Autor?

—No, papá, que hay gritas.

—¿Militar?

—No, que hay balazos.

—Torero.

—No, que hay cornadas.

—¿Cura?

—Yo no, que dan palos.

—¿Y ministro?

—No, que hay Cortes

—¿Y rey?

—No, que hay libertarios

—Pues acaba de una vez,

¡habla, por todos los diablos!

¡Piénsalo—gritó furioso

el padre—, que ya estoy harto! —

Y el chiquillo sonriendo:

—¡Si ya lo tengo pensado! —

le contestó. Y en la mesa

se sentó, con sobresalto
de plumas que se cayeron,
de papeles que volaron.

—¿Qué oficio vas á tener?

—El mejor.

—Pues aceptado.

¿Cuál es?

—Hijo.

—¿Cómo hijo?

—Hijo, y por nada le cambio.

Yo casi, casi no estudio;

tengo casa, cama, ropas,

diversiones y teatros;

del mañana no me acuerdo,

del hoy se me importa un rábano;

mi padre cavila mucho

y yo no paso cuidados.

Hijo para siempre; esa es

la carrera que yo abrazo—.

Quedó pensativo el padre

y exclamó después de un rato:

—Tienes razón, hijo mío,

has hablado como un sabio;

es el oficio mejor,

y tu decisión aplaudo.

El de hijo, el más socorrido.

¡El de padre, el más pesado!

M. ECHEGARAY.

Cuentos y leyendas regionales.

ISIDRO EL ORGANILLERO

MADRID

LA Puerta del Sol no cabía de gente. Era un domingo á las siete de la tarde. Los tranvías llegaban atestados; los coches circulaban al paso entre el tropel de transeuntes que desfilaban por allí en todas direcciones. Madrid ofrecía su aspecto de gran ciudad, brillante, populosa, moderna.

Hacia la Puerta del Sol se dirigía por la calle del Carmen un muchacho que arrasaba á duras penas un piano demanubrio.

—Sidro, no te van á dejar pasar. Está aquello atestado. Acompáñame; bajaremos por el Monte—le atajó otro mozalbete que avanzaba en dirección contraria.

—No voy por ahí, no puedo—contestó Isidro.

—Pero ¿por qué?

—Ea, que no voy. Ya sabes; en el Monte está lo de mi madre, y cuando sea hora ya iré; mientras tanto... ¡ni agua!

Y siguió andando, sin hacer caso de las cuchufetas que le despedía su compañero.

Esquivando el barullo de la populosa plaza, remontó por la del Carmen, á la calle de Jacometrezo, deteniéndose á tocar distintas veces, infatigable y animoso, sin rendirle la dura tarea de aquel día de fiesta, en que el trabajo había sido doble.

—¡Tengo á mi madre!—murmuraba, dándole con mayor empuje al manubrio, alentado por el recuerdo que parecía haberse evocado en todo su ser.

Aunque iba ya de retirada, su afán por el trabajo, su ansia de ganar cuanto pudiera, le hacían detenerse frente á aquellas tabernas y casas amigas, donde le instaban y tenía segura la remuneración, sin necesitar al compañero que le ayudaba á recoger los *perros*, y que se había despedido media hora antes, al llegar á la plaza de Santo Domingo.

Alegres, nerviosas escapaban las notas del piano, llevando á todas partes los chillones acordes duros y metálicos con que los manubrios ensordecen la calle madrileña.

Los chiquillos entusiasmábanse con aquella música, bailando en las aceras;

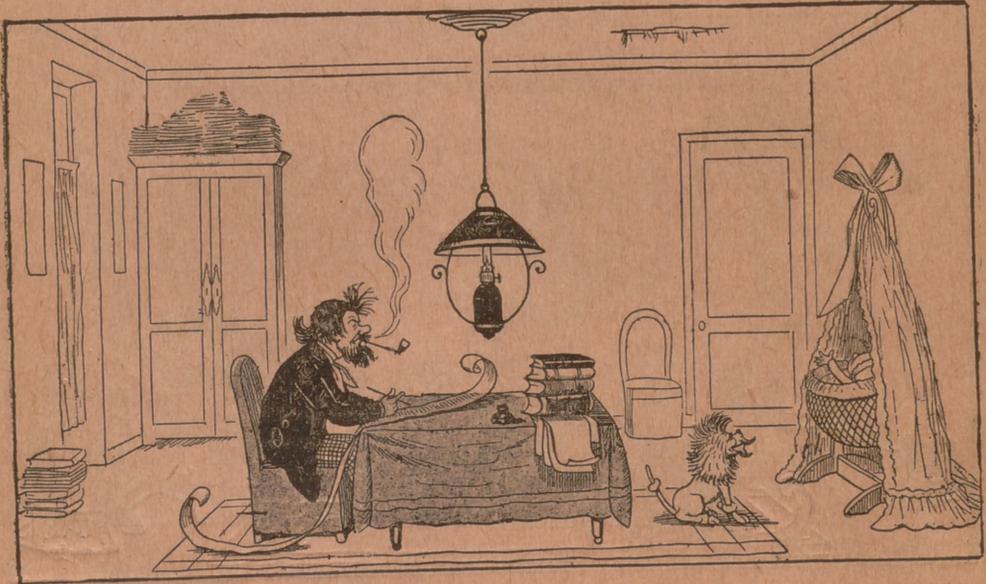
tocando, indiferente al bullicio que le rodeaba, pensando nada más que en aquello que le había recordado el pasado encuentro:

—¡Tengo á mi madre!...

Isidro era un buen muchacho. Criado

EL INGENIO DE UN «POETA»

I



Besúñez se empeñó en escribir un *Canto* á la Luna; pero su chiquitín, llorando á más y mejor, no le dejaba encontrar un consonante á lámpara. Ya había puesto mámpara; pero en seguida cayó en que había puesto una barbaridad.

los vecinos se asomaban á las puertas y á los balcones; los transeuntes, al caminar, parecían llevar el compás de los valsos y las polkas del piano. Todo aquello se animaba con un regocijo popular y bullanguero, y se pedían nuevas piezas.

—Isidro, *El morrongo*.

—Oye, el *Vals de las olas*.

—¡*El bateo!*

Y el complaciente organillero seguía

en el arroyo, no había recogido ninguna de sus impurezas. Apenas contaba tres años, cuando ya comenzó á llevar su jornal á casa, contribuyendo al sostenimiento de la misma. Por entonces vendía periódicos, y nadie le aventajaba á correr el primero á los puestos de venta ni á vocear con más entusiasmo:

—¡*Heraldo*, que viene bueno!

Y así estuvo ganando su pan hasta que

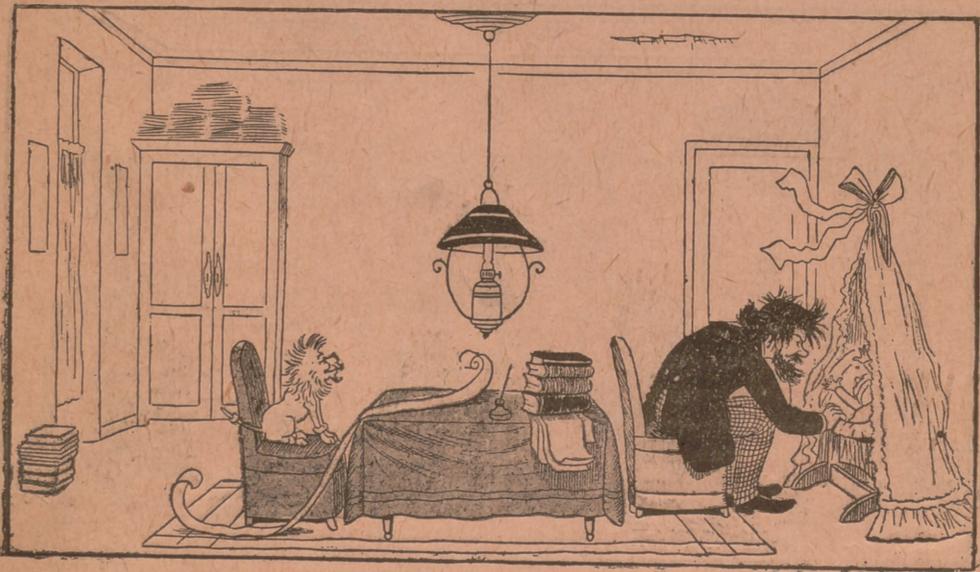
se agenció lo del piano. Esto era más distinguido, más artístico y de mayores rendimientos. Isidro, que ingenuamente se llamaba periodista cuando vendía manos de *Heraldos* y *Correspondencias*, estaba autorizado para creerse el más famoso de los pianistas al darle vueltas al manubrio.

jando su piano, marchó calle abajo para reanudar la interrumpida sinfonía.

A las doce se encontraba frente al Ministerio de la Gobernación, viendo cómo la famosa bola dorada, al sonar las campanadas del medio día en el reloj, descendía con estrépito, causando la admiración

EL INGENIO DE UN «POETA»

II



Desesperado Besúñez, llegóse á la cuna y ofreció al niño un caballo de cartón cuando tuviese tres años....., que ya habría él cobrado el importe de los versos; y como el chico no callaba, ideó lo que veréis en la siguiente.....

Una mañana le sorprendió en pleno concierto el paso de la Corte. Tuvo que echarse á un lado mientras que desfilaban á caballo los palatinos con sus vistosos uniformes, precediendo al coche de los reyes, que saludaban á la gente que, descubriéndose, se detenía á contemplar aquel espectáculo, siempre nuevo en Madrid.

Cuando pasó la escolta, Isidro, empu-

de los muchachos, de los forasteros y de muchos que no lo son.

Entonces ocurrió algo muy trágico y á la vez muy grandioso.

Desembocó en la plaza un caballo desbocado; los transeúntes se apartaban temiendo ser arrollados; oíanse gritos, y entre aquella confusión de carreras y de voces vióse á una niña que caía. Sonó un alarido, formóse un corro de gente y acu-

dieron los guardias, mientras que, algunas calles más abajo, era detenido el furioso animal.

Aquel corro de gente iba engrosando por momentos. Una mujer, que no había presenciado nada de lo ocurrido, se aproximó.

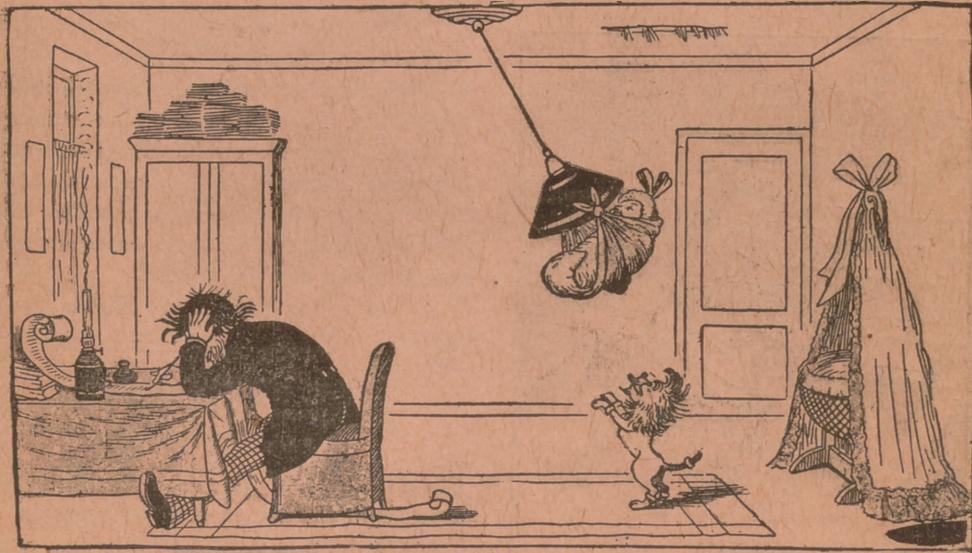
llegar al centro del grupo, y al ver á Isidro, á quien sostenían los guardias mientras llegaba la camilla, se arrojó á él, gritando como una loca:

—¡Hijo mío, hijo mío!

El valiente muchacho, ahogando su dolor con un supremo esfuerzo, encontró

EL INGENIO DE UN «POETA»

III



..... que fué quitar el depósito de la lámpara; colgar en ésta al niño; establecer el movimiento de péndulo; lograr que el llorón cesase en sus quejas, y seguir..... sin encontrar el consonante á lámpara.

—¿Qué pasa?

—¡Calle usted, calle usted!—le contestaron—. El pobrecito es un héroe. Un organillero que acaba de salvar á una niña que iba á ser arrollada por un caballo; pero, en cambio, ahí está él, con una pierna medio destrozada. Es una desgracia; le digo á usted...

Pero aquella mujer ya no oía á nadie; con un impulso instintivo forcejeó hasta

ánimos para sonreír, mientras que decía:

—Madre, esto no es nada. Ya verás... ¡nada!

No pudo proseguir; se había desmayado. Cuando Isidro recobró el conocimiento se hallaba en su cama. Lo habían querido llevar al Hospital, pero se resistió su madre, diciendo:

—A mi casa; tengo recursos. Además, quiero cuidarle yo. ¡Yo sola!

Isidro curó á los cuatro meses. Su madre lo había agotado todo. La máquina de coser, las ropas y hasta los colchones habían sido llevados al Monte de Piedad para atender á la costosa curación de su hijo, á quien no había faltado nada.

Cuando Isidro salió á la calle, Madrid celebraba sus clásicas verbenas. Los pues-

y desempeñó algo de lo que había llevado su madre al Monte. Esta era su pesadilla, y á cada prenda que recuperaba sentía una satisfacción desconocida hasta entonces para él.

Haciendo sus cálculos, decía:

—Allá para las fiestas lo habremos sacado todo. Iremos al Santo, tocaré en la Pradera, y ya verás ganar. ¿Estás contenta, madre? ¿Soy bueno?

—¡Ya lo creo, hijo mío!—respondía ella enternecida—. ¡Ojalá fuesen todos como tú!



Isidro ha visto realizados sus honrados propósitos. Es el tipo del buen muchuelo de Madrid: noble, arrojado, pun-donoroso. Algunos han llegado muy alto, perpetuando el bronce sus hazañas. Así el pueblo madrileño cuenta entre sus glorias al héroe de Cascorro.

X. X.

UN MATRIMONIO DESIGUAL

I



Doña Emerenciana y su pequeñín
Simeón Chico, en el Retiro.

tos de *torraos*, los de plantas y flores, los tenderetes de monigotes y «matasuegras», formaban sendas filas, entre las que pasaba un inmenso gentío, luciendo las mujeres vistosos pañolones de Manila. Á la otra parte, desfilaban los coches, y allá, al final, levantábanse los barracones de espectáculos, rodaban los *tíos vivos* y re-tumbaban los pianos de los bailes.

Isidro pudo ganarse allí un buen jornal,

LAS PASADERAS

HABÍAN llegado. ¡Gracias á Dios que las avistaban! Erguíanse como siempre en el mismo sitio, á la vera del atajo que conducía al pueblo de la hoyada; pero quemaba el sol tanto aquella tarde, desmintiendo el refrán de que por Agosto frío en rostro, que á los dos chiquillos se les antojaron más distantes que nunca las moreras. Ea, bien sudado lo que se sudó por trochas y senderos en la fuerza de la solana; desde la orilla de acá se distinguían en la ribera opuesta los árboles apetecidos, con sus grandes hojas verdes, semejantes á guantes de dedos abiertos, como para ocultar el tropel de betones de tapicería de las moras. Pero... ¡Atíza! ¡Tenía gracia el lance!... Ellos contaban

con que el riachuelo viniera casi seco, con lo que los pedruscos de las pasaderas se empinarían sin rastro de agua, y he aquí que, sin duda con el tormentón de la víspera, se le habían atufado las narices á la corriente, y el tropel de cristalina linfa rebasaba lo menos un palmo por sobre las musgosas y resbaladizas piedras del pasaje. ¡Por vida!... Era preciso descalzarse para atravesar el río, so pena de volver pies atrás sin catar el fruto. ¡Eso nunca!... Y Juanito, el más pequeño de los dos amigos, pero el más valeroso y resuelto, se sentó en la blanda hierba, cruzó una pierna sobre otra, y excitando á su compinche para que le imitara, se quitó en un decir amén zapatos y medias, dejando las prendas colgadas en la rama de un arnical, que transformó en perchero. Después, con los brazos en cruz para que le sirvieran de balancín, puso la desnuda planta en el primer pedrusco de la pasadera, y con agua hasta el nacimiento de la pantorrilla, avanzó saltando diestramente de losa en losa.

Pero á la mitad del camino se detuvo; paróse en firme, levantó una pierna para desenredarse el pie de una madeja de filamentos con que se lo lió la corriente, y, mientras se lo enjuagaba luego en la corona de espuma que le burbujeaba alrededor de los tobillos, volvió la cabeza para ver si Antonio, su camarada, le seguía. ¡Qué había de seguirle!... Allí estaba en la orilla, hecho un poste, mirando al agua, y sin intenciones siquiera de descalzarse.

—¡Eh, tú, mandria!...—le gritó Juanito desde el pedrusco de la pasadera—. ¿Aguardas á que aparezca algún bote para que te lleve á la otra orilla?...

—Es que yo no pienso moverme de aquí!—voceó Antonio, liándose á la vez un puñado de juncos á la muñeca, y ti-

rando del trezado como si quisiera sujetarse á la tierra—. ¡Tú me traerás las moras!

—Yo, sí... ¡Para eso me he dado el chapuzón! ¡Que te calles!...

—¡Pues como me llamo Antonio, que me las traerás en tu gorra!...

UN MATRIMONIO DESIGUAL

II



Don Simeón Chico y su pequeña Emerancianita, en el Retiro

—¡Estás fresco!... ¡Entra como yo en el río!

—¡Mira, tú te estás buscando algo y te lo vas á encontrar!

—Eres muy blanco para eso... ¡Aquí te aguardo, atrévete!

Antonio se calló, comprendiendo que le faltaría el valor para sostener su titánico capricho. Pero era el mayor de edad de los dos compinches, y su orgullo de gran-

dón se le sublevó ante la entereza de Juanito. ¡Cómo! Un mocoso, un pequeñín, un monigote, la mitad de él en estatura, atreverse á gallear con tantos humos, no sólo desobedeciendo sus mandatos, sino retándole á singular pelea, sin importarle un ardite sus recios puños!

Así pensando, enderezó al azar los ojos Antonio y los clavó en los zapatos y en las medias de su amigote, colgados de las ramas del arnical. De pronto le pasó al chico por la mente la ristra de luz de una idea, y se le iluminó el semblante. ¡Eso es!... Se vengaba de la terquedad de su compañero, sin peligro de la propia persona, y le ponía en el trance de capitular sin condiciones, de rendirse. Pero... y ¡si le alcanzaba!... ¡Bah! ¡Tendría que ser contando con sus piernas como zancas de grulla!...

Juanito seguía enhiesto en el pedrusco, sin quitar ojo á su amigo. Antonio se acercó más á la orilla; gritó á todo pulmón:

—¿Me traes por fin las moras?...

—¡No!—vociferó el del agua.

Y replicando el de la ribera: «¡Pues te pesará!...», cogió con imprevisto arranque las medias y los zapatos de Juanito y echó á correr con ellos á campo traviesa.

Juanito comprendió en el acto el plan de su camarada, soltó un bufido, y exclamó á borbotones: «¡Ah pijotero!» Y después, ciego de rabia, automáticamente, sin fijarse dónde ponía los pies, resbalando en el liquen de las pasaderas, cayendo y levantándose, tomó á escape en derechura adonde había partido; llegó á la orilla, y sin cuidarse de enjugarse los pies, que se le cubrieron con una calceta de arena, arrancó al galope en pos del traicionero Antonio, que corría, corría como una centella con toda la velocidad de sus zancas.

Pero Juanito era muy duro y muy ligero, y aunque su amigote le había cobrado una delantera regular, no llegaba á tanto que fuese imposible el ser alcanzado por su perseguidor. Y así aconteció: al cabo de un rato comenzó á faltarle á Antonio la respiración, púsosele un dolor agudo en el costado, y como consecuencia aflojó la marcha; las distancias se acortaron y Juanito le ganó terreno. Entonces, viéndose el mozo alcanzado, varió de sistema, se paró, y agarrándose á las piedras salientes de una cerca, quiso saltarla para poner entre ambos el obstáculo de un muro. Mas no le dió tiempo de escoger la subida; Juanito estaba ya á dos pasos, había que acelerarse, y Antonio, azorado, aturdido y tembloroso, se encaramó como pudo y se arrojó al lado allá de la tapia.

Un grito terrible tableteó en el aire; luego oyéronse fuertes gemidos y voces pidiendo socorro. En aquel instante llegó sudoroso y sin aliento Juanito; empinóse también á la cerca y miró desde la altura abajo. Hecha girones la ropa, sangrando por una porción de heridas y arañazos, semejante á un enorme puerco espín, con un tropel de pinchos clavados en todo el cuerpo, gimiendo lastimosamente, hallábase Antonio, caído á plomo en un plantel de cardos salvajes.

—Le está bien empleado por tener mala intención, ¡y yo debía dejarle ahí, en esa cama tan blanda!—exclamó Juanito al ver á su camarada; pero el corazón del mozo no era de roca, y tanteando con cuidado la bajada descendió de la cerca para socorrer á su amigo.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Rogamos á nuestros lectores se fijen en el anuncio **LOTERIA GEOGRAFICA**, inserto en la segunda plana de la cubierta; es un juguete que consideramos útil á los niños.

NUESTRO PRIMER CONCURSO

VAMOS á comenzar la serie de nuestros concursos por uno sumamente fácil; poco á poco los iremos haciendo más trabajosos; pero nunca llegarán al extremo de fatigarlos sin hallar la solución.

Se trata en éste de averiguar en qué forma ha sido modificado el conocido refrán

*Los dineros del sacristán
cantando se vienen y*

Bases para tomar parte en el concurso:

1.^a A fin de poder encuadernar los números de ROSA Y AZUL sin estropearlos, los concursantes nos remitirán la solución en una de las tarjetas postales que para este objeto hemos editado. Se expenden en todos los puestos y kioscos en donde se vende ROSA Y AZUL.

2.^a Cada solucionista puede remitir bajo su firma cuantas tarjetas desee, siempre que no pasen de diez.

3.^a Las tarjetas deben dirigirse al señor Director de ROSA Y AZUL, Jardines, 13, Madrid, poniendo al dorso: «El refrán queda modificado en esta forma:

**Los dineros del sacristán
cantando se vienen y (aquí las palabras que faltan)».**

4.^a A medida que se vayan recibiendo las soluciones, á las que sean exactas se las pondrá un número de orden para ser sorteadas en el caso de que el número de las recibidas sea mayor que el de los premios.

5.^a El concurso queda abierto desde hoy, y terminará á las ocho de la noche del día 25 de Marzo.

6.^a Como á vosotros nada puede gustaros más que los juguetes y los libros, en libros y juguetes consistirán los premios.

He aquí la lista:

Premio 1.^o—Un precioso juguete.

Premio 2.^o al 12.—Preciosos libros de educación con ilustraciones en color y bonitas pastas.

Premios 13 al 25.—Bonitos tomos de cuentos, lujosamente encuadernados, con el escudo de España estampado en oro.

Y ahora nada más que deseáros buen acierto.

NUESTRA PÁGINA MUSICAL DEL NÚMERO 1.^o

Entre los muchos niños que nos han honrado con su visita para interpretar las sevillanas del Sr. Coscollar, se han distinguido:

Rafael González Pintor, de once años, alumno del Colegio de San Isidoro, diri-

POSTALES CÓMICAS



—¿Quién es ese señor tan pesado que se va sin darme la mano?

—El señor Juez.

—Pues cuando venga otro día, le dice usted que no recibo.

gido por D. Gaspar Frutos. Se presentó el sábado 27, á las seis de la tarde, acompañado de su mamá, y ejecutó la pieza con gran maestría. Es un niño que promete mucho.

Leonor Hernández, de once años. Vino

en compañía de dos jóvenes y tocó las sevillanas de memoria.

Concha Torres, de diez años, acompañada de su papá. Es alumna del Real Colegio de la Encarnación y revela maravillosas condiciones para el piano.

Pepito Franco, de nueve años, presentado por su mamá que á la vez es su pro-

CARICATURA DE ACTUALIDAD



Rusia y el Japón «discutiendo amigablemente».

fesora. El pequeño *virtuoso* aprovecha bien las lecciones que le da la autora de sus días.

Pilar Boto, de doce años. Es alumna del profesor de música D. R. Boronat, del cual publicaremos algo muy pronto.

Al primer niño otorgamos el premio ofrecido, á los demás los hemos obsequiado con bonitos regalos.

Sentimos que la falta de espacio nos impida publicar los nombres de todos los niños que nos han visitado; pero hacemos constar públicamente nuestro agradecimiento hacia ellos, como asimismo hacia sus padres y profesores; y confiamos en que unos y otros seguirán honrando esta casa, que es la suya, con su presencia.

EFEMÉRIDES Y CURIOSIDADES

PICISME, queridos amiguitos, que os cuente algo de Historia de España que no figure en los pequeños compendios y tratados que vuestros profesores os señalan como textos para estudiar en la clase; y por Dios y mi ánima os juro que el asunto no es tan fácil como creéis; pero como mi misión no es otra que complaceros, á ello voy.

Pues señor... El día 3 de Marzo del año 883, el rey D. Alonso III, que se hallaba disfrutando un período de paz octaviana, mandó poblar la ciudad de Zamora, despoblada desde el año 748 en que la conquistó el rey D. Alonso I, llamado el *Católico*. Nombraron unos á Zamora *Sentifica*, y otros, más tarde, *Sisopona*. Este dice que tomó el nombre de *Zamora* de unas piedras turquesas que se criaban en sus contornos; aquél afirma que, cuando la estaban edificando, pasó por allí una vaca negra de esas á las cuales los ganaderos apellidan *moras*, y uno de los trabajadores, asustado, dijo: ¡Zá!... *mora*, á fin de apartarla de aquel sitio. Al oír esto el rey, pensó: «*Zamora*...», pues éste ha de ser el nombre que lleve la ciudad».

Y de ahí viene el nombre de *Zamora*.

Yo no afirmo que esto sea cierto; pero conste que me lo ha contado un zamorano.

M.

À NUESTROS CORRESPONSALES

Tan grande ha sido la demanda que hemos tenido del número primero de ROSA Y AZUL que, á pesar de haber hecho una numerosa tirada, nos hemos quedado en la Administración sin ejemplares para servir los pedidos que nos dirigen de todas partes. Rogamos, pues, á nuestros Corresponsales de provincias nos remitan lo antes posible los ejemplares que no hayan colocado, con lo cual nos harán un señalado favor.



Luis Delgado.—Soria.—Su publicación me gusta mucho. Las sevillanas resultan muy bonitas.

Angelita Alcocer.—Talavera.—¿Publicarán ustedes efemérides?

Rosario del Pino.—Madrid.—Los cuentos me gustan mucho; pero los dibujos son mi encanto.

Ramón Herrera.—Zaragoza.

Ahí le envío mi opinión
escrita en una postal:
•Me llena de indignación
que no sea universal
Revista tan deliciosa,
á quien con extremo quiero.
Y no le digo otra cosa,
no crea usted que exagero.»

Juan Echazarreta.—Logroño.—Sigan ustedes por ese camino, que al final de él está la gloria, señor Director.

Ricardo Moragas.—Lérida.—¿Qué cosas nos cuenta *Bebé* en las *Croniquillas*? Nos gustan mucho.

Isabelita Mazagán.—Don Benito.—¿Por qué no hacen ustedes tomitos de obras representables?

Laura Quijano.—Toledo.—¿De dónde sacan ustedes esas cosas que tanto nos gustan á los niños?

Serapio Rudavias.—Sigüenza.—Deberían ustedes hablar de política.

Rafael Cordero.—Coruña.—Hagan más á menudo concursos.

Luisa Capdepón.—Madrid.—A mí me gusta mucho ROSA Y AZUL. Le deseo prosperidades.



Pepito Roure.—Jaén.—¿Por vida de los versos á la luna!... Eso ya pasó de moda, amigo mío.

Manuel Sanchidrián.—Bilbao.—Las cartas con monos, efectivamente, son prácticas. Estamos de acuerdo.

Juan Peguerino.—Salamanca.—Deje usted en paz á las hadas.

Lucas Aguilera.—Madrid.—Publicaré sus quintillas en cuanto tenga ocasión.

Serafín Romero.—Idem.—Idem su artículo.

Cosme Damián.—Idem.—Siento no poder decir á usted lo mismo.

Rafael Guardiola.—Valladolid.—Haga usted algún trabajo más corto y se le publicará; el que me ha enviado resulta demasiado extenso y podrían aburrirse los niños.

Lamparilla.—Málaga.—Envíe la firma.

Cesáreo Bermejillo.—Barcelona.—Puede usted *hechar* al correo el cuento de que me habla; pero antes de *echarle* quítele esa *hache* que parte los corazones.

Jaime Brunete.—San Sebastián.—Empieza usted su poesía *A mi maestro*:

Señor profesor de mi escuela,
y, ¡claro!, cualquiera termina bien cuando tan mal ha empezado. Hay que tener buen oído, amigo Brunete; es la mejor manera de que los versos salgan con su medida.

Lolita Armendáriz.—Ciudad Real.—Tiene usted muchísima razón. Su deseo es el nuestro.

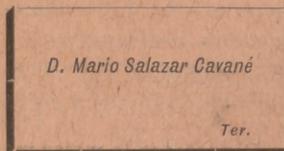
Manolito Piernas.—Barcelona.—Muy bien; pero no encaja en la Revista. Envíe otra cosa.



LOGOGRIFO NUMÉRICO, por Moreno.

- 1 Consonante.
- 3 6 Nota musical.
- 2 3 4 Metal.
- 2 7 3 7 Verbo.
- 1 4 3 7 3 Idem.
- 5 4 3 6 7 3 Idem.
- 1 2 3 4 5 6 7 Nombre de mujer.
- 5 7 3 1 7 3 Verbo.
- 1 2 5 7 3 Idem.
- 5 2 3 4 Ciudad de Castilla la Vieja
- 1 7 3 Verbo.
- 1 2 Nota musical.
- 7 Vocal.

TARJETA, por M. Mall.



Formar con estas letras el nombre de un héroe español.

ENIGMA, por J. Montoro.

No ha mucho que tuve vida,
y aunque ahora muerta estoy,
vivo y sirvo en la comida,
y cual lumbre resumida
me vuelvo cuando me voy.

SOLUCIONES

AL JEROGLÍFICO, por J. Ruiz,
MASCARILLA.

Á LAS ADIVINANZAS, por Baturone,

- 1.^a CAN-DE-LA-RIA.
- 2.^a MONJA.

Á LA TARJETA, por E. García,
DON JUAN TENORIO.

Á LA ADIVINANZA, por J. Romero,
DÁBALE ARROZ Á LA ZORRA EL ABAD.

AL CUADRADO, por E. García,

R O S A
O S O S
S O P A
Á S A R

Á LA ADIVINANZA, por Madruga.
PORQUE AÚN NO ESTÁN CASADAS.

AL JEROGLÍFICO, por Barrios,
ENCARNACIÓN.

A LA CHARADA, por Rafael,
PARDOS.

ROSA Y AZUL

(TODO PARA NIÑOS)

Número suelto: 10 céntimos.—REVISTA SEMANAL ILUSTRADA—Quince ejemplares: 1 peseta.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

PROVINCIAS.....	}	Semestre... 3 pesetas.	大 三 三 三 三	EXTRANJERO
		Año..... 6		Año: 12 pesetas.

Los Sres. Corresponsales de Madrid ó provincias disfrutarán el 10 por 100 de beneficio por las suscripciones que nos remitan, que pueden deducir al enviarnos su importe, en letras del Giro Mutuo, carta orden de pago, ó sellos de Correos; en este caso, certificando la carta. Tanto para las suscripciones como para la venta de ejemplares, anuncios, etc., la correspondencia debe dirigirse al Sr. Administrador de ROSA Y AZUL, Jardines, 13, Madrid. Los artículos, poesías, historietas y cuanto se refiera á la parte artística, han de remitirse al Sr. Director de ROSA Y AZUL, Jardines, 13, Madrid.

A NUESTROS COLABORADORES.— Advertimos á los niños de provincias que nos honren enviándonos originales, lo hagan en un sobre abierto y franqueado con un cuarto de céntimo, poniendo: *Original de imprenta.*

ADVERTENCIA.— Rogamos á nuestros lectores no se impacienten si no ven contestadas sus cartas todo lo pronto que quisieran. Pasan de 1.000 las cartas recibidas, y no tendríamos bastante con un número entero para darlas respuesta. Poco á poco irán saliendo por turno riguroso, como asimismo iremos publicando los trabajos que lo merezcan.

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.— Colegio de señoritas.—Clase especial de párvulos.—Preciados, 40, primero.

COLEGIO CALDERON DE LA BARCA.— 1.^a y 2.^a enseñanza.—Incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.—Se admiten internos y medio-pensionistas.—Salud, 21.

IMPORTANTE.— Rogamos á nuestros queridos lectores de provincias que no remitan franqueadas como cartas las soluciones á **NUESTROS CONCURSOS, PASATIEMPOS**, etc., porque ello supone un considerable y superfluo gasto. A continuación verán los niños cómo hemos resuelto dicho particular con ventajas para ellos y sin perjuicio por nuestra parte.

TARJETAS DE «ROSA Y AZUL».— En vista del considerable número de cartas y costosas tarjetas que venimos recibiendo de los niños, dedicadas unas á **CRITICA, CORRESPONDENCIA, COLABORACION INFANTIL**, etc., y otras á **PASATIEMPOS y CONCURSOS**, esta Empresa ha editado unas sencillas y prácticas postales dedicadas exclusivamente á dicho objeto, las cuales pueden adquirir los niños, lo mismo en Madrid que en provincias, en todos aquellos sitios que se ofrece á la venta nuestra Revista. Precio: cinco céntimos tarjeta.

CUENTOS BATURROS

LA ESPAÑA
 Fábrica Modelo de
 S^o Engracia 94. **CHOCOLATES**
MADRID.



!!! Que rico, pero que rico
 es el chocolate de LA ESPAÑA!!!

CON DULCES A 5 CENT

LIBRERÍA ESCOLAR

DE
ANTONIO PÉREZ
 Calle de la Bolsa, 9.—MADRID

Gran surtido de libros y objetos de enseñanza de todos los autores; plumas, lapiceros, pizarras, carteras, portatlibros, cabás, cuadernos rayados, etc., etc.

Artículos de escritorio, estuches de papel y sobres. Orlas, cartas y libros para regalo.

Bolsa, 9.—MADRID

PAPILLA PARA LA BABA, EN LÍQUIDO



Las madres la conocen por sus efectos, y sus hijitos la toman con avidez. Frasco, 0,50 y 1 peseta. Para provincias tenemos la Papilla en polvo, caja con 10 papeles, que vale 2 pesetas. Para su uso y demás instrucciones léase el prospecto.

Desconfíen de las imitaciones, porque la verdadera Papilla, única y exclusivamente se despacha en esta casa.

Oficina de farmacia de D. Luis Fornés Grimalt
 San Bernardo, 70, Madrid (frente al Novclado)



NIÑOS
SASTRERIA
EL INFANTE

Preciados, 26.

Preciosos trajes de 5 á 40 pts.

Gabanes novedad de 15 á 50.

Rusos, gran abrigo, de 18 á 25.

Cuellos novedad, chalinas gorras y colección grandiosa en géneros para la medida.

PRECIO FIJO

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

¿QUERÉIS COMPRAR JUGUETES

BONITOS Y BARATOS?

Visitad la Casa

VIUDA DE JORGE SÁENZ

IMPERIAL, 3.—Madrid.

GRAN FOTOGRAFIA BOLIVAR

1, SAN BERNARDO, 1

Es la casa que en Madrid se dedica especialmente á hacer retratos de niños.